

# Freud, el humanista del subsuelo

**H**ay algo de paradoja y hasta de inquietante en el hecho de que se invite a un escritor, a un autor de *ficciones*, a hablar sobre Freud en una facultad de Ciencias<sup>1</sup>. Un escritor es un hombre que no analiza ni interpreta sus sueños; se limita a soñarlos. Los personajes de un hombre que escribe son eso, personajes, y aún más: son personas en el sentido griego, máscaras del autor, seres reales en un mundo imaginario. Para el psicoanalista, sueños y personajes son símbolos a develar, caminos hacia una verdad que es o quiere ser científica. La verdad de la poesía no exige demostración alguna. Cuando Edipo mata a su padre o Hamlet a su madre, ni Sófocles ni Shakespeare quieren decir que todo hombre desea matar al padre o a la madre, sino que ese príncipe y aquel rey, puestos en esa situación, fueron llevados al parricidio o al matricidio. Tal vez el poeta llegue a sentir que él mismo sería capaz de hacer lo que hacen sus seres de ficción, pero, muy probablemente, no admitiría que esos sentimientos sean universales. El artista necesita ser único, *singular* en la acepción kierkegaardiana de la palabra. Freud, ese implacable detective de los sueños, en este sentido es el gran desenmascarador del artista; su rival más temible. Y de ahí que tantos escritores y poetas experimenten, al pensar en él, un sentimiento dual, contradictorio, lleno de prevenciones. Por un lado, no pueden dejar de admirar su genio, esa clarividencia casi demoníaca que le permitió entrar a saco en el alma humana y desarticular sus mecanismos secretos como si leyera una escritura cifrada; por el otro, no pueden no sentir que esa lectura entraña un peligro para la poesía. Todo esto sería un impedimento casi insalvable para mi exposición, si no fuera que el propio Freud ya vio este peligro. En *Dostoievski y el parricidio* ha escrito: «...el psicoanalista debe rendir sus armas ante el misterio del poeta», y no hay más que leer las diez lacónicas y reticentes líneas que redactó como prólogo al *Edgar Poe*, de Marie Bonaparte, para sentir que cierto tipo de análisis le resultaba, acaso, vagamente repulsivo. Tal vez pensó que su propio misterio, sus propias obsesiones, aquello secreto de lo cual sus palabras eran también un símbolo, podía alguna vez ser puesto a prueba desde el psicoanálisis.

Hablar de las relaciones de Freud y la cultura exige, ante todo, situarlo en el mundo cultural que heredó y en el que vivió. Como Schopenhauer y Nietzsche, como Marx, como

<sup>1</sup> Este artículo fue leído en el Aula Magna de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en el homenaje que, en los cincuenta años de la muerte de Sigmund Freud, realizó la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Kierkegaard, Freud es una reacción del hombre concreto contra el hombre puramente filosófico de Hegel, hombre que a su vez es el bastardo con el que Hegel respondió a la pregunta antropológica que Kant dejó sin contestar. En el siglo XVIII, el racionalismo de Leibnitz, el empirismo escéptico de Hume y la ciencia positiva físico-matemática de Newton, habían llevado a la razón casi al límite de sus posibilidades. La filosofía se hallaba ante sus Columnas de Hércules y en una situación casi de naufragio: Kant acometió la empresa de salvar el saber, el espíritu, la moral y la religión sin abdicar ninguna de las conquistas del pensamiento moderno. Concluyó que la ciencia y sus leyes explican el mundo, pero sólo permiten conocer los fenómenos; concluyó que el espíritu no procede del mundo fenoménico ni está sometido a las leyes científicas, sino que las impone. Salvó el saber y salvó el espíritu, pero los puso ante su último límite. La razón pura no puede conocer la *cosa en sí*, que, si aún es algo, siempre estará más allá de los fenómenos: todo conocimiento se limita a la intuición sensible. No hay respuesta para los grandes problemas metafísicos de la inmortalidad, de la libertad, de Dios, y si los hay son extra-racionales. Quedan, como quería Aristóteles, una razón práctica y una razón poética, pero la metafísica, como ciencia, es imposible. Kant dio al pensamiento moderno su expresión más acabada y, al mismo tiempo, le erigió su mausoleo. Después de Kant sólo quedaban tres caminos. Razonar sobre los límites de la razón, o contra ella, o hacer de cuenta que Kant no había existido. Hegel eligió el último. Hegel, para resumirlo con alguna brusquedad, pareció retomar y llevar hasta sus últimas consecuencias la idea leibnitziana de que nuestro mundo es el mejor de los mundos posibles. Si la razón es lo Absoluto y todo lo real es racional y todo lo racional real, el mundo ha dejado de ser problemático. Nietzsche, Marx, Kierkegaard y Freud, cada uno a su modo, sintieron que el mundo de Hegel era como la Dinamarca de Hamlet.

Freud acaso no llegó a pensar que vivimos en el *peor* de los mundos posibles, pero sintió que el hombre es un ser problemático, en un mundo que es por lo menos problemático. Y digo *por lo menos*, pues no costaría mucho acumular unas cuantas citas en las que esta idea adquiere su forma más pesimista. Escribió: «He procurado eludir el prejuicio entusiasta según el cual nuestra cultura es lo más precioso que podríamos poseer o adquirir y que su camino habría de llevarnos indefectiblemente a la cumbre de una insospechada perfección». (*El malestar en la cultura*). La serena retórica de este párrafo no alcanza a ocultar su amargo sentido. Freud no cree que el destino espiritual del hombre sea un destino envidiable. En rigor, está mucho más cerca de pensar que el hombre es «el animal enfermo», como creía Nietzsche, que de pensar que es el momento más alto de la evolución zoológica. Escribió: «Si la evolución de la cultura tiene tan evidentes analogías con la del individuo y si emplea los mismos recursos que ésta, ¿acaso no estaría justificado el diagnóstico de que muchas culturas —o épocas culturales o acaso la humanidad entera— se hayan tornado “neuróticas” bajo la presión de las ambiciones culturales?» (*Id.*). Es precisamente en este lugar desesperanzado donde Freud se encuentra con los grandes artistas de nuestro tiempo.

Como Dostoiewski, como Van Gogh, como Poe, como los poetas y pintores herederos de los románticos que a fines del siglo pasado y a comienzos del nuestro se alzaron contra el naturalismo y la razón, Freud vuelve la mirada hacia el interior caótico del hom-